

indecidibilidad o, más bien por el contrario, mienta la dilación de toda indecidibilidad, de nuestra existencia en términos espectrales? En el séptimo y último capítulo, “Negación y sentido”, Podestà desenvuelve aún más la lógica del parásito, explicitando de qué manera la deconstrucción se sabe siempre dentro del clausura de la metafísica, sin conducir por ello a ningún conformismo sino, antes bien, remitiendo a una sollicitación (jovial) de la sintaxis de la metafísica occidental que habilite otro habitar.

El origen del sentido enseña un problema filosófico –el del sentido en términos estáticos o kinésicos–, seleccionando estratégicamente los autores, otorgando en cada uno de los casos una lectura tan exhaustiva como didáctica. El proceder de Podestà discute implícitamente los vicios de la escritura académica, tantas veces tan hermética y expulsora (de hecho –y sea estimado o no, es bastante llamativo– el libro no apela a bibliografía secundaria). Su “camino transversal” avanza señalando tanto los conservadurismos y fidelidades, como las torsiones ejercidas por cada uno en la vértebra fundamental de la metafísica: el privilegio otorgado a la presencia a sí de la conciencia, capaz de aprehender el origen del sentido. Sintético y riguroso, Podestà explota la fecundidad de un problema filosófico aún irresuelto, quizás irresoluble.

Ana Sorin

Eric Voegelin, *La guerra y la gracia. Escritos sobre Nietzsche*, trad. Esteban Amador, Buenos Aires, Hydra, 2014, 252 pp.

Este es el segundo libro de Eric Voegelin editado por Hydra, último publicado de la “Serie Alemana”, que se compone de dos escritos sobre Nietzsche traducidos por primera vez al español. El primero es “Nietzsche, la crisis y la Guerra”, publicado en la primavera de 1944 en *Journal of Politics*, y el segundo “Nietzsche y Pascal”, producido *circa* 1944 y publicado por primera vez en 1996 en el vol. 25 de *Nietzsche-Studien*. Además incluye un extenso prólogo de Peter J. Opitz –discípulo y curador de la obra de Voegelin– que enmarca ambos escritos y al autor en general, y ocho anexos que acompañan la lectura.

Voegelin manifiesta estar en una época que le demanda estudiar a Nietzsche de otro modo debido a la falta de terminología existente para poder comprender la potencia de su pensamiento. Y es que en 1944, año en el Voegelin asume la nacionalidad estadounidense luego de tener que haberse exiliado de Europa por su ascendencia judía, los textos nietzscheanos estaban fuertemente atados al nazismo. Frente a esto, Voegelin –en su condición de filósofo político con una fuerte formación en historia– pretende analizar el concepto de crisis en la modernidad a partir de un estudio de Nietzsche que lo entienda como el filósofo capaz de aportar las claves para comprender las coordenadas histórico-políticas de comienzos del siglo XX.

Ambos textos del libro iban a ser estudios preparatorios para un capítulo dedicado a Nietzsche en *History of Political Ideas*, colección que Voegelin nunca pudo terminar. De modo que el autor, al momento de redactar los escritos que componen *La guerra y la gracia*, tenía en mente hacer una presentación del pensamiento de Nietzsche que no se fundamentara en los lazos que se le habían entablado con el nacionalsocialismo. A su criterio, todo lo que se había escrito sobre Nietzsche en inglés caía en ese prejuicio, y el resto de las interpretaciones que circulaban no le parecían fructíferas porque no contemplaban el aspecto histórico del filósofo. Voegelin aspira a combinar ambos requisitos –interpretar históricamente sin caer en el prejuicio de aquella lectura que lo descalificaba *a priori*– mediante una relectura desde la teología negativa.

En “Nietzsche, la crisis y la Guerra”, se analizan gran parte de las interpretaciones habidas por aquel entonces. Voegelin comienza denunciando el error metodológico que acontecía al momento de leer a Nietzsche: se lo acusaba de causar la guerra por haberla diagnosticado. Este error no permitiría entender la sensibilidad [*Sentiment*] de Nietzsche, el modo en que su nariz olía los síntomas de la decadencia espiritual de la crisis europea. Más aún, las grandes guerras predichas por él no se habrían comprendido por no haber atendido las particularidades de la historia alemana. Al mezclarse y confundirse la recepción de la obra de Nietzsche con la responsabilización a Alemania por las guerras, se habría producido una indistinción entre ambos fenómenos. Voegelin muestra cómo comentaristas como H. L. Stewart o Rohan Butler, a la vez que responsabilizaban a Alemania de la crisis, acusaban a Nietzsche de ser el causante de las políticas bélicas. Esto es leído como una falta de autocrítica, una forma fácil de desembarazarse de un problema epocal, que termina por dar lugar a una representación absurda de Nietzsche, sin comprender las implicaciones de su transvaloración.

Voegelin también analiza otras interpretaciones más ricas. Tal es el caso de George Santayana en *Egotismo en la filosofía Alemana*. Santayana afirma que la guerra no fue causada por Alemania ni mucho menos por Nietzsche, pero argumenta que en este filósofo se produce la culminación del alejamiento de los alemanes de la sabiduría cristiana. A pesar de esto, Voegelin ve en la teoría del “egotismo” varios puntos de contacto con el nihilismo nietzscheano. La crítica a la moral cristiana como moral transmundana de esclavos es compartida por Santayana, en tanto él también rechazaba este dogma. Sin embargo, habría un menosprecio por la transvaloración que llevaría a perder de vista la vitalidad del pensamiento político de Nietzsche (particularmente los elementos platónicos que tanto importan a Voegelin).

De la mano de Jaspers, el autor explica cómo Nietzsche sufre falsificaciones justamente por aquellos que él condena. No sólo por parte de los resentidos, sino sobretudo por quienes lo identifican como el padre del Nacional-

socialismo: “lo hacen sus críticos, que con ello buscan estigmatizarlo, y los nacionalsocialistas, que precisan honorables antepasados espirituales para su movimiento” (p. 96). Voegelin concede que hay ciertos pasajes que se prestan a confusión, pero a su vez afirma que esto no debe ser una razón para descalificarlo, sino, justamente, la razón por la que él apuesta a realizar un análisis de la estructura de la producción nietzscheana. Indignarse al modo de los demócratas sería ignorar que “Nietzsche carece de inhibiciones a la hora de utilizar un lenguaje tan indebido y peyorativo para hablar de los males de la época porque no fue afectado en su sensibilidad por aquellas experiencias de la trascendencia que constituyen el fundamento del concepto cristiano de hombre” (p. 98).

Voegelin concluye el artículo remarcando que las interpretaciones de Nietzsche contemporáneas por lo general se enfocaban en la “influencia” que tuvo en los eventos posteriores a su vida, siendo indiferentes a las lecturas del porvenir que Nietzsche propuso durante su vida. Asimismo, recuerda que Nietzsche no sólo abandona el ideal de rejuvenecimiento de Alemania, sino que también critica cómo las tradiciones germánicas que él valoraba habían sido frustradas por el nacionalismo y por la supuesta “gran política” de Bismarck.

En “Nietzsche y Pascal”, la tesis es incluso más fuerte. Partiendo de la sospecha del modelo tripartito “veneración-independencia-creación” por el que comúnmente se aborda a Nietzsche, Voegelin analiza la forma en que el filósofo se posiciona respecto a otro pensador. Esto ha sido muy trabajado en sus escritos de juventud, fundamentalmente en cuanto a las influencia de Schopenhauer y Wagner, pero Voegelin se concentra en la figura de Pascal, intentando pensarla como un referente tan importante en sus escritos de madurez como lo fueron los otros dos para su fase temprana. Incluso llega a proponer a Pascal como la influencia más importante para Nietzsche, siendo ambos “hermanos en espíritu”.

Partiendo de 1876 como año bisagra en la producción de Nietzsche, el libro indaga sobre el lugar de Pascal en el “período crítico”, propuesta sumamente interesante teniendo en cuenta que Nietzsche no realiza un trabajo minucioso sobre Pascal. Retomando el estilo de *Más allá del bien y del mal*, el autor plantea que al filólogo alemán no le importa tanto la doctrina pascalina como las condiciones vitales que introduce con su discurso. Es decir, Voegelin sostiene que no es tan importante el contenido que ofrece el texto de Pascal, sino las pulsiones que hace entrar en juego.

La apuesta del libro es perfilar a Nietzsche como una suerte de místico. Sin embargo, en vez de hacer teología, una experiencia inmanentista tacharía la trascendencia. Esta caracterización no es inocente: a la vez que se marcan las diferencias que Nietzsche plantea frente el cristianismo, no se omiten líneas de contacto. El trabajo del capítulo es meticuloso: compara el “desprecio por el mundo” de ambas posturas sin olvidar la vitalidad tan dis-

tintiva de Nietzsche. Este desplazamiento, entre la gracia de ascendencia y la fuerza intramundana, es el abismo tan peligroso sobre el que Voegelin arriesga su escritura. Frente a la meditación cristiana, de acceso a lo trascendente, estaría la religiosidad inmanente de la *Betrachtung* nietzscheana. Por eso no es un místico tradicional; no hay experiencia mística que nos eleve por encima de lo corporal, sino una asimilación de la crueldad del mundo.

La postura del autor cobra aún más peso al afirmar que Pascal sería *el* cristiano de la cultura europea al que Nietzsche opone su misticismo anticristiano. Más aún, cuando Nietzsche habla del cristianismo en su obra madura, tendría en mente al tipo pascalino: “casi siempre se trata de él cuando Nietzsche habla del «cristiano», lo mismo que ocurre con Schopenhauer cuando habla del «filósofo»; con Wagner, del «artista», y con Bismarck, del «estadista»” (p. 158).

Según esta tesis, Nietzsche se reconocería en Pascal en muchos aspectos, lo cual explicaría la incisiva necesidad de marcar distancia. Para Voegelin, sus diferencias partirían de sus singulares experiencias: mientras que uno es religioso y busca la trascendencia, criticando a aquellos que viven en la finitud sin tomar posición respecto de su existencia, el otro, desde el inmanentismo, no cree que la finitud sea enfermiza sino un modo de afirmar la vida. Su misticismo inmanente no condenaría el ocio, sino que lo asumiría como aquella actividad que los débiles no pueden soportar. Pero, al negar la gracia, el filólogo alemán podría leer en Pascal la inauguración de una guerra contra la corrupción cristiana, una incipiente muestra de la crisis espiritual. Pese a que sus filosofías sean sumamente diferentes (o justamente por eso), Voegelin se esfuerza por remarcar una continuidad. Al no haber sido tocado por la gracia divina, Nietzsche puede afirmar que en el pasaje pascalino del argumento ontológico de la existencia de Dios a las utilidades prácticas de la fe se encuentra el germen de su crítica.

Ante el vacío de la existencia, Pascal critica cualquier tipo de distracción que nos aleje de la única respuesta al problema de la nada, la trascendencia del Dios infinito. Nietzsche percibe en esta posición resentimiento hacia la vida, debilidad que busca escapar del mundo mediante el dualismo. “Hay que comprender con precisión la radicalidad de Pascal en este punto, pues la profunda aversión de Nietzsche hacia el cristianismo es, en el fondo, una aversión hacia la posición de Pascal” (p. 182), afirma Voegelin. Las distracciones que Pascal tanto aborrece no serían un problema relevante al lado del intento de evadir el sufrimiento por medio de la gracia.

Voegelin lee todo esto como una apuesta al hombre. El inmanentismo de Nietzsche sería religioso, pero al estar más allá de lo bueno y lo malvado se dejaría leer como post-cristiano. Lo bueno y malo no serían más que otras ficciones, sostenidas ahora por la ideología sacerdotal-ascética. Se requeriría una transvaloración para un nuevo tipo de “bueno” y “malvado” que no se

funde en el resentimiento. Una nueva religiosidad con una nueva imagen del hombre cuya fuente de experiencia sea la voluntad de poder.

En suma, Voegelin ofrece un trabajo que está lejos de limitarse a ser una mera referencia histórica. A pesar de no estar actualizado en cuanto al estado actual de la cuestión, es un gran aporte al momento de interpretar el pensamiento nietzscheano hoy en día. Que utilice la edición en desuso de la obra de Nietzsche, incluso *La voluntad de poder*, no debe opacar el pulido trabajo que realiza con los póstumos. Con esta traducción –que tiene la atención de utilizar la edición crítica G. Colli & M. Montinari para los textos de Nietzsche, además de incluir una enorme cantidad de notas–, Hydra ha realizado una gran contribución al público de habla española.

Es cierto que el autor está muy preocupado por el método, que cree en la existencia de algo así como una “obra” de Nietzsche y que interpreta los aforismos unidos por una coherencia estructural que, al descubrirse, permitiría construir un complejo coherente que nos acercaría a la verdadera y originaria experiencia del filósofo alemán. Sin embargo, todo esto no quita que su estudio sea sumamente cuidadoso y recomendable, que haga una magnífica defensa de Nietzsche y que potencie las relaciones que se pueden establecer con él. En este sentido, el libro apela tanto a especialistas como a todo aquel que esté interesado en ingresar en el pensamiento intempestivo y póstumo del filosofar a martillazos.

German E. Di Iorio

Adrián Bertorello, *El Abismo del Espejo. La estructura narrativa de la filosofía de Martín Heidegger*, Buenos Aires, Edulp, 2013, 363 pp.

El presente libro recoge las investigaciones que lleva a cabo Adrián Bertorello con motivo de su tesis de doctorado en Filosofía, defendida en la Universidad de Buenos Aires en 2006. Se trata de un modo de abordaje inusual del pensamiento temprano de Heidegger, en el que un ensamble de recursos literarios constituye el punto de partida del análisis de las conferencias dictadas por filósofo alemán en los años 20.

En la introducción del texto, el autor se propone elaborar un modelo explicativo que permita comprender la singularidad de la estructura del *Dasein* con elementos provenientes de la lingüística y de la teoría del discurso. Este modelo, que guiará el desarrollo de las tres partes que conforman el libro, se construye a partir de la noción narrativa *mise en abyme*, que según la teoría Dällenbach a la que hace referencia el autor, describe básicamente una determinada manera de inserción de un relato en otro. En la construcción de este modelo explicativo, también ocupa un lugar importante la noción de “relato” tanto en la teoría narrativa de G. Genette como en la semiótica de A. Greimas.